

# ***EL MARTIRIO DE JUDAS***

SEUDÓNIMO: *Alberto Carlos Cabellos*

*“El criminal tiene un tiempo para reflexionar del que carece el suicida.”*

Extravagante la frase con la que el obispo arquidiocesano despedía a uno de sus sacerdotes, ante una multitud que observaba azorada cómo su cura párroco era retirado en una ambulancia, dentro de una bolsa negra de plástico.

Aunque nunca ocultó su nombre, el padre Judas Melgarejo se hacía llamar por su apellido. Y esto a pesar de que su madre lo había convencido que su santo patrono no era el discípulo traidor, sino uno de los primos, gran amigo, además, de Jesucristo. Ella le enseñaba que San Judas Tadeo (que a este santo se refería) es el patrono de las causas difíciles y perdidas, por haber cristianizado a chinos, turcos, indios, persas y moriscos. Nunca supo él de dónde había obtenido una mujer analfabeta semejante cantidad y variedad de información canónica. No había forma, por otra parte, de que se librase del sambenito, habiendo llegado a este mundo un 28 de octubre, cuando Mónica e Ignacio, sus hermanos mayores, debían sus nombres al calendario litúrgico de los días 27 de agosto y 31 de julio, respectivamente. Duros años de intensos cuidados y tres intervenciones quirúrgicas fallidas en el oído derecho del niño, testimoniaban a las claras la paciente y amorosa dedicación de esa madre.

Tal vez fuera consecuencia de la deformación profesional propia de los investigadores y los docentes, o porque, como suele decirse: *el nombre habla del sujeto*, el caso es que, desde temprana edad, Judas Melgarejo se obsesionó por el estudio de la vida, pensamiento y obras de su tocayo, el pérfido personaje bíblico.

Ingresó al Seminario Arquidiocesano hablando inglés y el idioma italiano y, al estudio de la lengua griega (tanto el koiné como el griego culto), el latín, el hebrero y el dialecto arameo, le sumó, después de egresado, un perfecto dominio del alemán.

Siendo novel sacerdote, se doctoró en teología bíblica, con la presentación de una tesis basada en el papel escatológico del apóstol traidor en la Historia de la Salvación.

No le llevó más de una docena de años consolidarse como la máxima autoridad mundial en su limitado y peculiar campo teológico educativo. Analizó cada una de las muchas críticas sobre las conjeturas del cuento de Jorge Luis Borges (Tres versiones de Judas), y las de todos los que de alguna forma mencionaron las descripciones que la autora adventista estadounidense Ellen Gould

White hizo en su obra *“El deseado de todas las gentes”* sobre la apariencia psíquica y fisonómica del Iscariote.

A punto de cumplir sus bodas de plata sacerdotales, no existía en la literatura universal, escrito sobre el tema que desconociera. Incluso hoy abundan en la Web los videos con sus críticas, sobre toda obra, célebre o ignota, que directa o indirectamente se refiriera a Judas Iscariote, incluyendo las publicaciones que solo pueden encontrarse definiendo la búsqueda de manera literal y completa.

Ergo, el padre Melgarejo destinó la mayor parte de su tiempo y de sus esfuerzos pastorales a explicar (o a intentar comprender) la manera de obrar y de pensar de Judas Iscariote, partiendo incluso desde la perspectiva de su conducta amoral y delictiva, según lo denuncia San Juan en sus escritos bíblicos. Para ello gozaba de la complacencia del obispo, aunque era duramente cuestionado por algunos feligreses propios y sacerdotes vecinos, por descuidar (según ellos) las responsabilidades inherentes al ejercicio de su ministerio parroquial.

Partiendo de las numerosas declaraciones testimoniales que obran en el expediente judicial caratulado: *“Melgarejo Judas, s/ muerte dudosa”*, puede conocerse la causa, aunque no se esclarece el motivo, ni la identidad del autor material de un deceso que no fue provocado por causas naturales.

En el certificado de defunción, el médico legista describe, de su puño y letra, que el motivo de la muerte fue una *“hipoxia cerebral causada externamente por asfixia, debido a la opresión de la garganta mediante la utilización de una cuerda o cordón plástico de 4 milímetros de grosor. El cuerpo presenta hematomas y heridas lacerantes visibles en toda la circunferencia del cuello”* [sic]. La carátula del sumario explicita por sí misma la dificultad que hubo en descubrir si se trataba de un suicidio, o si el estrangulamiento fue provocado o inducido por una o por varias personas.

En las mismas actuaciones judiciales, la empleada del servicio de limpieza de la casa parroquial declaró haber hallado el cuerpo sin vida del sacerdote al ingresar a la habitación, luego de golpear reiteradamente la puerta sin escuchar respuesta, en la mañana del día lunes posterior a la Pascua. Agregó que no era inusual en él ausentarse de la casa parroquial durante todo el día. Esas faltas se producían de manera regular los lunes y los jueves, días en los que ella cumplía con su labor. Relató que el cuerpo sin vida estaba vestido con su ropa habitual de sacerdote, esto es: con zapatos negros, sotana negra y alzacuello blanco. El cuerpo estaba extendido, boca arriba, por encima de la colcha de una cama sin deshacer.

El informe del personal policial actuante en la escena de la tragedia declaró no haber

encontrado ninguna soga, cuerda o instrumento similar que, prima facies, pudiera haberse utilizado para oprimir el cuello del occiso hasta provocar su muerte por asfixia; tampoco observaron señales de violencia en otros lugares del cuerpo, ni en ningún sector de la habitación, ni de la casa parroquial o del templo. Según declaraciones de familiares y allegados no faltaba su reloj, su billetera, tarjetas de crédito, ni alguno de los escasos objetos de valor de su propiedad o de propiedad de la Iglesia, a excepción de su cingulo, cuya falta notó la monja días después.

El expediente también incluía la declaración de una monja que relató haberse presentado en el templo a las diez de la mañana del sábado santo, con el propósito de llevar flores para adornar el altar donde se celebrarían las misas de la Pascua. Misas que, por otra parte, nunca se celebraron. Mencionó haber visto al cura muy desmejorado. Describió su rostro como *“demacrado y con ojeras, como si no hubiera comido en días ni dormido en noches”*. Sin que el fiscal se lo pidiera, quiso agregar lo siguiente: *“Noté que cuando me acercaba al padre, él me rechazaba, refugiándose detrás de sus brazos y manos extendidas. Mi presencia parecía molestarle. Lo lastimaba. En especial lo hacía la visión del crucifijo que llevo siempre colgado de mi cuello, como si emanara de él una luz enceguecedora que quemaba sus pupilas. Era como si el padre Melgarejo estuviera siendo víctima de una posesión diabólica.”* [Sic]

Cerraba las actuaciones la transcripción del informe del detective asignado al caso por la Policía. En él se mencionaba que un centenar de miembros de la comunidad parroquial testimoniaron bajo juramento haber visto un *santo prodigio* protagonizado por el sacerdote el día viernes anterior a su fallecimiento. Del análisis de la causa surge claramente que ésa fue la última vez que el padre Melgarejo fue visto en público con vida, es decir, por la comunidad en su conjunto. Todos, sin excepción, habían coincidido en declararle al detective que el sacerdote cayó en un trance místico cuando rezaba con su comunidad frente a las imágenes de la primera de las dieciséis estaciones del vía crucis que cuelga en las paredes del templo (pensado, elaborado e ilustrado personalmente por él). Dicha estación se titula: *Jesús es traicionado por Judas con un beso*. Afirmaron que, durante unos pocos minutos (exactamente siete, según uno de ellos): *“El espíritu del padre Melgarejo se ausentó de su cuerpo mortal. Quedó petrificado y la llama del cirio que sostenía en una de sus manos dejó de reflejarse en lo profundo de sus ojos”* [sic]. Una de las mujeres vio como *“un mosquito se posaba sobre su frente y succionaba su sangre sin que el padre parpadeara, ni moviera un solo átomo de su humanidad para evitarlo”* [sic]. Otra dijo que *“si bien él avanzaba por las estaciones del vía crucis, su mirada quedó clavada en las imágenes de la primera de ellas”* [sic]. Todas las declaraciones terminaban con la descripción de cómo el padre

Melgarejo rompió en llantos al momento de su regreso al *mundo de la conciencia*.

Pero lo más sorprendente fue la afirmación (mencionada por muchos y consensuada por todos), de que el sacerdote volvió de su *viaje astral*, con su oído derecho sanado. Su sordera de nacimiento había desaparecido por completo. El padre Melgarejo oía con él, incluso mejor de lo que lo hacía con el otro, el izquierdo.

Pero todo lo que sucedió entre la visita de la monja, el sábado santo y el hallazgo del cadáver, el lunes, era solo conocido por Dios... y por su vicario: el Sr. Obispo.

Atribulado por su experiencia mística y su milagrosa curación del oído, a las tres de la tarde del mismo sábado santo en que recibiera la visita de la monja, el padre Melgarejo acudió a la Arquidiócesis en busca de serenidad para su espíritu y de luz para su entendimiento.

Durante las cuatro horas que duró el encuentro, el sacerdote estuvo incómodo y el obispo permaneció estático en su sillón, muy activo, procurando ordenar las ideas (las de ambos).

El padre Melgarejo repetía una y otra vez que el día anterior, mientras rezaba el vía crucis con su comunidad, se había corporizado en la Jerusalén de la noche del jueves santo, en que Jesús fue entregado a las autoridades judías.

Con el sano propósito de distender tensiones, el Sr. Obispo, acordó con él sobre la creencia en las experiencias paranormales de los santos de la Iglesia. Existen evidencias empíricas de que, tanto San Francisco Javier, como San Antonio de Padua, San Juan Bosco, San Martín de Porres, y el santo Padre Pío de Pietrelcina, gozaron del privilegio divino de la bilocación (seguramente, entre otros muchos santos protagonistas de milagros similares y que nunca fueron conocidos de la Iglesia). Y si Dios había concedido semejante prodigio a esos santos, ¿por qué no habría de permitirle también a un pobre pecador de nuestra época permanecer, a la vez, en diferentes lugares y en distintos tiempos?

Lo más sustancial del relato fue el diálogo que el padre Melgarejo juró haber mantenido con el mismísimo Judas Iscariote, al pie de las escalinatas del palacio del sumo sacerdote Caifás. Utilizando argumentos con soporte teológico elaborado, discutido y madurado por los Padres y Doctores de la Iglesia en veinte siglos, en una larga y tensa disputa, el cura rebatió los ideales emancipadores y los propósitos distributivos de un básico Judas Iscariote del año treinta y tres.

El sacerdote le contó a su superior cómo fue que, bajo una luna tan grande y clara como nunca la había visto, logró por fin convencer al discípulo maldito de que desistiera de acometer su felonía.

El obispo escuchaba el relato, inmerso en un profundo y respetuoso silencio. En especial lo

hizo (aunque apabullado), cuando oyó de boca del padre Melgarejo que había sido él y no Judas Iscariote quien, acabada la disputa, tomó en su mano la bolsa con las treinta monedas de plata y guio a la muchedumbre (que se acumulaba impaciente en torno a los dos) hasta la presencia de un Jesús que, en medio de los otros once apóstoles, oraba al Padre en la vigilia del Monte de los Olivos.

El padre Melgarejo no pudo contener el llanto cuando le contó a su obispo la manera, dulce pero severa, en que Jesús lo miró al momento de ser traicionado por él con un beso. Más se conmocionó al contarle cómo Jesús tomó la iniciativa y lo abrazó. Su cuerpo se aflojó y su espíritu se inundó de paz. Luego Jesús lo separó suavemente de su cuerpo y elevó su mano hasta tomar (o más bien, acariciar) la oreja derecha del sacerdote. En ese mismo instante, el padre Melgarejo oyó un estruendo en lo profundo de su oído y quedó liberado de su sordera de nacimiento.

Fue entonces que Jesús, sin apartar su dulce mirada de los ojos del cura, le dijo: *“Judas, con un beso traicionas al Hijo del Hombre”*.

Esos ojos de miel desaparecieron de su vista cuando fue arrastrado por los soldados.

Y el padre Judas regresó llorando.

O la singular experiencia había sido tan solo un nítido sueño estando despierto, o el sacerdote (por alguna razón desconocida e inexplicable para ambos) había emprendido un viaje en cuerpo y alma a otro lugar y en otro tiempo. En cualquiera de las dos alternativas, la intervención de Dios era notoria y evidente. Su oído derecho sanado así lo atestiguaba.

Convinieron en que la Palabra de Dios es veraz e inalterable. Ninguna experiencia posterior podría modificar ni una coma de lo que estaba escrito una vez y para siempre. También coincidieron en que una sola conversión valía un martirio.

Por lo tanto, si Judas Iscariote se arrepentía de sus malas intenciones, otro Judas habría de tomar su lugar para que se cumpliera lo establecido por Dios en las Sagradas Escrituras.

Discutieron una sola cosa, de manera sosegada, aunque vehementemente. El obispo sostenía que, aún luego de la experiencia mística, el traidor seguía siendo Judas Iscariote, mientras que el sacerdote afirmaba que, habiendo tomado su lugar, era él mismo quien debería completar las profecías con su muerte.

Acabaron la reunión sin consensuar culpas ni consecuencias.

Solo Dios y una persona saben lo que sucedió después.

Pasado y olvidado el caso de la misteriosa muerte del padre Judas Melgarejo, el Sr. Obispo dijo haber encontrado el cingulo desaparecido que había sido propiedad del religioso difunto.

Ofrendó ese ornamento como reliquia sagrada para el nuevo altar auxiliar de la parroquia Regina Martyrum.

Una placa anuncia, aún hoy en día, el nombre de la nueva nave: *Altar de los mártires solo de Dios conocidos*.